

Durkheim: su concepción del Estado y la Primera Guerra Mundial¹

Luis Rodríguez Zúñiga

Se ha insistido a menudo sobre el impacto que la guerra de 1914 produjo sobre una buena parte de la generación a que Durkheim pertenecía. Las suposiciones, ampliamente compartidas en la época, sobre una moralización y pacificación de la vida pública, sobre el respeto al individuo y a sus derechos, o más exactamente a la Humanidad, se estrellaron, en efecto, ante la crueldad de una lucha que enfrentaba a muerte a los Estados y ciudadanos de lo que, de manera igualmente compartida, se consideraba algo así como la Adelantada de la Civilización, la Vieja Europa. Crisis moral, por supuesto, hundimiento de aspiraciones y esperanzas, pero también muestra patética de la incapacidad de gran parte de sus esquemas teóricos para dar razón de la realidad social concreta. Ante 1914, la ciencia, su ciencia, saltaba en pedazos: no pudieron proponer ninguna explicación válida a aquello que ocurría ante sus ojos.

Ni a lo uno ni a lo otro escapó Durkheim. La catástrofe general llevó además en su caso la sobredosis de ver cómo la Escuela tan trabajosamente creada se desintegraba, como buena parte de sus discípulos (su hijo André entre ellos) perdían la vida en el frente. También intentó dar razón de las causas de la guerra. Fracásó. No había nada, ciertamente, en su teoría social que pudiese permitir siquiera el intento de una aproximación rigurosa.

Dos fueron, en efecto, los textos que dedicó a esa tarea explicativa. Ambos aparecieron pocos meses después (1915) del comienzo de las hostilidades.

a) “Cual todos los acontecimientos históricos, la guerra actual depende, en parte, de causas profundas y lejanas. Más tarde habrán de investigar los historiadores a

¹ Publicado en la *Revista Española de la Opinión Pública*, n. 32, 1973; texto fijado a partir del de su reedición en Luis Rodríguez Zúñiga *Para una lectura crítica de Durkheim* (Madrid, Akal, 1978, pp. 133-139).

consecuencia de qué condiciones demográficas, económicas, étnicas, parecían, desde hacía algún tiempo, multiplicarse entre los pueblos las ocasiones de conflicto; cómo el Estado precario del Imperio austro-húngaro, el desarrollo de las sociedades balcánicas, el tener ciertas nacionalidades más clara conciencia de sí mismas, habían de determinar una modificación, en un porvenir más o menos lejano, del mapa de Europa; cómo, en fin, resultaba de todo esto un estado de malestar y de inquietud que preparaba los ánimos para la guerra”. Sin embargo, tras esa declaración inicial, precisa inmediatamente: “Cualquiera que sea la importancia de estas causas, no son eficaces por sí mismas. Para que produzcan sus efectos es menester que voluntades humanas se presten a su acción. Para que estalle una guerra es necesario que un Estado la quiera, y a este incumbe la responsabilidad de dicha guerra” (Durkheim 1915: 3-4).

El objeto del estudio es, pues, identificar al causante del desencadenamiento de las hostilidades. Más aún, el objeto se contrae a lo largo de las páginas para reducirse a lo siguiente: en el Libro Blanco publicado por el gobierno alemán se señalaba que era a Rusia a quien correspondía la responsabilidad de dicha guerra; basándose en documentos diplomáticos publicados por otros Estados implicados en el conflicto², Durkheim intentará demostrar que es a Alemania a quien incumbía, en exclusiva, tal responsabilidad. Se asiste entonces, a través del análisis de los acontecimientos ocurridos entre el 23 de julio y 3 de agosto de 1914, a la constante afirmación de que “no había concordancia alguna entre la política efectiva alemana y su lenguaje: al tiempo que proclamaba un vivo deseo de defender la paz, rechazaba cuantas medidas se le proponían para lograr este fin y no sugería ningún otro” (Durkheim y Denis 1915: 33). Análisis tan totalmente impregnado de un fervoroso amor a Francia y a sus aliados que es perfectamente maniqueo: el razonamiento se despliega como si se estuviese considerando un episodio de la lucha entre el Bien y el Mal. La condena irrevocable del Mal es el resultado inevitable: “No figura en el activo de Alemania ni un solo movimiento serio a favor de la paz, sino palabras vanas. En cambio, todos los actos que, poco a poco, han orientado la crisis hacia la guerra han sido: o queridos directamente por ella, o realizados con su apoyo y complicidad” (Durkheim y Denis 1915: 61). En estas condiciones, Durkheim nos ilustra, desde luego, mucho más sobre su nacionalismo que sobre las causas de la guerra.

² Rusia (Libro naranja), Francia (Libro Amarillo), Bélgica (Libro Gris), Inglaterra (Correspondencia del gobierno británico acerca de la guerra). Sobre esta cuestión, véase la descripción general contenida en Renouvin 1969: 611-628.

b) Más ambicioso parece, inicialmente, el proyecto del otro texto. “El objeto principal de este estudio –advierte– es el análisis de Alemania a partir de la imagen que la guerra a revelado. Hemos hablado ya de su agresividad, de su voluntad belicista, de su desprecio por el derecho internacional y por el derecho de gentes, de su inhumanidad y de su crueldad sistemáticas. Pero estas manifestaciones múltiples del alma humana dependen, a pesar de su diversidad real, de un mismo origen. No son sino expresión de una mentalidad”. Y, unas líneas más allá, continúa: “Todos estos actos que desconciertan, y que porque desconciertan quieren negarse, tienen origen en ese sistema y conjunto de ideas y sentimientos que nos proponemos estudiar: derivan de él como una consecuencia de sus premisas. Hay en él todo un sistema moral y mental, por estar elaborado con la vista puesta en la guerra, no afloraba, durante la paz, a las conciencias. Se sabía que existía y no se ignoraba el peligro que entrañaba. Pero sólo cuando la guerra comenzó ha podido apreciarse, a través de la extensión de su acción, la extensión de su influencia” (D 1915: 3-4).

El análisis de esa “mentalidad” será, pues, el primer nivel del discurso durkheimiano. A continuación, intenta explicar el comienzo y desarrollo de la guerra a partir de ese análisis inicial. Terminará con un diagnóstico sobre el “carácter mórbido de esta mentalidad” y sobre sus posibilidades, dadas las características morales y materiales de las sociedades modernas, de existencia futura.

El estudio de un texto de Treitschke es la forma en que Durkheim intenta precisar el contenido de la “mentalidad alemana”: el pensamiento que allí se contiene, afirma, es “el pensamiento de una colectividad más que el pensamiento de un hombre”³. El tema central es la concepción del Estado que dicho texto expresa. Durkheim considera esa concepción a través de cómo Treitschke expone las relaciones entre el Estado y las “leyes internacionales”, entre el Estado y la moral y entre el Estado y la “sociedad civil”.

En el primer aspecto, señala Durkheim que la “soberanía que de ordinario se atribuye al Estado no pasa de ser relativa; el Estado depende de una multitud de fuerzas morales que, aunque no tengan una organización jurídica rigurosa, no por eso dejan de ser eficaces y reales”. Así, los tratados que el Estado ha concluido; los compromisos que ha contraído; las ideas morales que debe

³ (Durkheim 1915: 5) El texto de Treitschke es *Politik*, conjunto de lecciones profesadas en la Universidad de Berlín y publicadas en 1899-1900 por M. Cornelius. Según Adolfo Posada, “Treitschke gozó, como historiador, del privilegio único de ver sus ideas aceptadas como verdad por el pueblo para el que escribía” (96-17).

respetar; la opinión de sus súbditos y de los miembros de otras sociedades. Frente a todo ello, observa que Treitschke afirma: “El estado es autosuficiente, es un absoluto”, “tiene que resolver por sí mismo las cuestiones en que entienda que sus intereses materiales están en juego”, “la guerra es la única forma de proceso que el Estado puede reconocer”. En consecuencia, “la guerra es santa y moral”, “el ideal de paz no sólo es irrealizable, sino también un escándalo moral y una maldición”. *Der Staat ist Macht*: la grandeza no hay que buscarla en la cultura, sino en el poder: “No son Pfizer o Fichte quienes han hecho a Alemania, sino Guillermo I y Bismark”. Puesto que el Estado tiene como misión la grandeza y puesto que ésta es fuerza, los Estados pequeños o débiles no tienen derecho a la subsistencia: “En la noción misma de Estado pequeño hay algo que hace sonreír. En sí misma, la debilidad no tiene nada de ridículo; ocurre de forma distinta cuando la debilidad aparenta poseer fuerza” (D 1915: 6-17).

Al pasar a analizar la relaciones entre Estado y moral, Durkheim comienza afirmando: “Hay algo que, generalmente, pasa por ser superior al Estado: la moral. La moral está constituida sólo por ideas, pero esas ideas son fuerzas que mueven y que dominan a los hombres. ¿Ocurre lo mismo con el Estado? Si depende de la moral, hay límites que su soberanía no puede franquear. Pero si no depende, ese Estado no tiene nada de humano”. Treitschke sostiene, por el contrario, que “para el alemán nada debe haber por encima del Estado alemán, y el Estado alemán sólo tiene un deber: ser fuerte”. La moral, por tanto, es una cuestión de especies y circunstancias: “En la vida de los Estados, como en la de los individuos, hay una multiplicidad de casos en los que el empleo de medios puros es imposible”. La conclusión se formula en estos términos: “El hombre de Estado no tiene derecho a calentarse las manos en el fuego de las ruinas de su patria comentando: nunca he mentado. La moral es algo que compete a hombres que sólo hacen cosas menudas. Cuando se tiene la ambición de hacer cosas grandes, hay que salir de los límites estrechos que traza. Y el Estado, por su propia naturaleza, está obligado a hacer cosas grandes” (D 1915: 17-26).

Las declaraciones iniciales de Durkheim, al comenzar el tratamiento del tercer punto, pueden resumirse así: “Si bien es cierto que entre el interés público y el privado existen diferencias, es falso afirmar que los particulares sólo actúan par realizar intereses privados. Uniéndose, relacionándose entre sí, toman conciencia de los grupos que forman, desde los más simples hasta los más complejos, y nacen así sentimientos sociales que el Estado expresa, precisa y regula, pero que le preexisten”. Según ello: “Para una sociedad democrática, el pueblo y el Estado no son sino aspectos de una misma realidad. El Estado es un pueblo tomando conciencia de sí mismo, de sus necesidades y de sus aspiraciones, pero tomando

conciencia de una forma más completa y clara”. La concepción de Treitschke es, obviamente, la negación, punto por punto, de tales afirmaciones: la sociedad civil no tiene la menor unidad, está repleta de contradicciones, no puede llegar a tener ninguna conciencia de sí: el interés público y el interés privado son fuerzas antagónicas. En estas condiciones, para que dos fuerza manifiestamente opuestas puedan unirse, es preciso que haya una que se imponga a la otra: es el Estado quien debe ejercer esa acción preponderante; pero para imponer orden y disciplina necesita ser fuerte; es decir, de nuevo se llega a la obligación suprema del Estado, sin la posesión de la fuerza no puede realizar su misión (D 1915: 27-35).

Tales son las ideas de esa “mentalidad alemana” con la que Durkheim explica la guerra de 1914. El Estado sólo es fuerza, no se somete a nada: el Estado alemán no tenía, por tanto, ningún freno moral para respetar la neutralidad belga y las convenciones de La Haya; ni para reconocer el derecho de los pueblos a disponer libremente de sí mismos; para no amenazar a los Estados pequeños o para conducir la guerra, si resultase conveniente, de otra forma que no fuese “sistemáticamente inhumana”.

Tales principios, dictamina Durkheim, son opuestos a los de los franceses: “Para nosotros, es decir, para todos los pueblos civilizados, para todos los pueblos que se han formado en el cristianismo, la moral tiene como objeto realizar la humanidad, liberarla de lo que la disminuya. Decir que el Estado debe ser sordo a los intereses humanos fundamentales es ponerle por encima y más allá de la moral” (1915:23-24). Luego, *puesto* que es diferente de la “nuestra”, es decir, de la que Durkheim poseía y elevaba al rango de Moral de Francia, tal moral expresa una mentalidad mórbida: “La voluntad sana y normal, por muy enérgica que sea, sabe aceptar las dependencias necesarias, inscritas en la naturaleza de las cosas. El hombre forma parte de un medio físico que le sostiene, pero que le limita y del que depende. Para liberarse enteramente tendría que hacer el vacío en torno a sí. Hay fuerzas morales que se imponen, aunque de otra manera, a los pueblos y a los individuos. No hay Estado lo suficientemente poderoso como para gobernar contra sus súbditos y obligarlos a la obediencia mediante la coerción; no hay ningún Estado que no esté situado dentro de ese medio más amplio que forman todos los Estados. Hay una conciencia y una opinión públicas a las que no se puede eludir, de la misma manera que las leyes físicas no pueden ser eludidas” (44-45). Así pues, el diagnóstico se ha deslizado enteramente hasta afirmar las escasas posibilidades de existencia futura que semejante mentalidad mórbida posee. Esta se opone a la moral propia de las sociedades civilizadas. Va, por tanto, en contra de las ideas dominantes: un Estado, viene a decir Durkheim,

no puede mantenerse cuando tiene en contra a la Humanidad. Con ello se ponen de manifiesto los sólidos fundamentos de la indudable victoria bélica francesa y la augusta misión (defender a la Humanidad) que a Francia corresponde: “Para realizar el destino que se ha asignado, Alemania tiene que impedir a la Humanidad que viva libremente, y la vida no se deja encadenar eternamente” (47).

Este es, en líneas generales, el contenido de los dos textos con los que Durkheim intentó explicar las causas de un acontecimiento que significaba la liquidación de una etapa histórica. No es difícil insistir en lo escasamente científico de la explicación que propone el hombre de ciencia y en el arraigado nacionalismo del ciudadano Durkheim. Señalado esto, más importante me parece ahora indicar las carencias y los espacios en blanco de su sistema teórico. Pues son unas y otros quienes, a la postre, lo dejaban desarmado científicamente frente a la guerra.

La dirección de sus análisis sobre la “mentalidad alemana” es doble. Primeramente, declararla “mórbida” por apartarse de las ideas morales propias de la conciencia colectiva de los tipos sociales diferenciados y por no respetar las relaciones que, en esos tipos, existen entre el Estado y el resto de la sociedad. En segundo lugar, decretar que, precisamente por su carácter “mórbido”, esa “mentalidad” está llamada a desaparecer. Ahora bien, lo que en realidad está a la base de sus análisis no es tanto un *estudio concreto* de las sociedades industriales capitalistas, en general, y del Estado, en particular, como la producción de un *modelo normativo* sobre lo que aquéllas y éste deberían ser. Durkheim, en efecto, se limita a analizar la “mentalidad alemana” como algo que no se ajusta a lo que, según él, reclaman las sociedades diferenciadas y a explorar las consecuencias (sobre la sociedad y sobre el Estado) de esa mentalidad. La guerra de 1914 es algo inexplicable, viene a decirnos, sin esa mentalidad; mientras que esa mentalidad es algo, decimos nosotros, que queda como flotante, inexplicada. Una vez más, pues, la autonomía que Durkheim concede a la conciencia colectiva y su no articulación con la “base material” de las sociedades produce el resultado conocido: proponer como explicación lo que, en rigor, debe ser explicado.

Fracaso, en definitiva, de una determinada concepción de la sociedad moderna a la hora de dar razón de un acontecimiento tan crucial para la historia del capitalismo como la Primera Guerra. Pero no había nada en el esquema durkheimiano (a no ser el recurso a lo “mórbido”, a lo “patológico”) que permitiese enfrentarse científicamente con ese hecho. Ni la sociedad moderna coincide en lo básico con la sociedad orgánica, ni el Estado se limita a ser un

“órgano del pensamiento social”, ni las relaciones internacionales transcurren según los modelos de cooperación y pacifismo: Durkheim, en consecuencia, sólo pudo aproximarse a la comprensión de la guerra de 1914 de forma absolutamente ideológica y reaccionar ante ella en base al nacionalismo. Más aún, según Mauss, Durkheim fue consciente de ello y en la *Morale*, que la muerte (1917) le impidió continuar, “quería corregir varios extremos de su teoría del Estado, como consecuencia de la impresión que le había causado el estudio de las tesis alemanas y, en particular, de las tesis de Treitschke” (77, III-476).

BIBLIOGRAFÍA

- DURKHEIM, E. (1915): *L'Allemagne au-dessus de tout. La mentalité allemande et la guerre*, París, Armand Collin.
- DURKHEIM, E y E. DENIS (1915): *¿Quién ha querido la guerra? Los orígenes de la guerra según los documentos diplomáticos*, París, Armand Collin.
- MAUSS, M. (1968): *Oeuvres* (I, II y III), París, Minuit.
- RENOUVIN, P. (1969): *Historia de las relaciones internacionales*, vol. 2, Madrid, Aguilar.

Luis Rodríguez Zúñiga (Barcelona 1942-Madrid 1991) Doctor en Derecho y Catedrático de Sociología de la Universidad Complutense de Madrid, fue Decano de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la UCM y Presidente del Centro de Investigaciones Sociológicas (1988-1991). Persona fundamental en la recepción de la teoría sociológica en España, entre sus obras destacan *Raymond Aron y la sociedad industrial* (1973), *Elites y democracia* (1976), *Para una lectura crítica de Durkheim* (1979), *Los orígenes de la teoría sociológica* (1981) y *Sociología contemporánea, ocho temas a debate* (1984), además de sus estudios preliminares a obras clásicas como *La división del trabajo social* de Emile Durkheim (Akal, 1982) y los *Recuerdos de la Revolución de 1848*, de Alexis de Tocqueville (Editora Nacional, 1984).